

La culminación de esta aplicación de criterios distintos tuvo lugar —así lo reconocieron docenas y docenas de cualificados juristas españoles— en la expropiación de Rumasa. Técnicamente parece claro que este *holding* se encontraba en una situación que oscilaba entre la suspensión de pagos y la quiebra. Nada, por tanto, más razonable que permitir la suspensión de pagos o la quiebra, según fuese el caso. El tiempo demostró que las razones aducidas para la expropiación no se cumplieron. Luego, en fechas más recientes, tenemos las guerras de OPAS en las que, incomprensiblemente, algunas autoridades económicas y monetarias fueron claramente beligerantes: BB-Banesto, BB-BV, Cartera Central-Banco Central-Banesto...

Si se quiere buscar alguna diferencia entre la crisis de Ibercorp —y quizá del BEF— con relación a las de finales de los setenta y primera parte de los ochenta, quizá la fundamental sea que la de aquellos dos tiene un componente especulativo y bursátil, mientras que la de hace un decenio giró, básicamente, en torno a las crisis de los sectores industrial e inmobiliario. Pero, en todos los casos, el origen ha estado siempre en una mala gestión en la que surgen todos o parte de estos fenómenos negativos: concentración de riesgos; fijar como objetivo principal un crecimiento rápido, que casi necesariamente lleva a la sobreinversión; no calificar bien la calidad de los prestatarios y, por tanto, las posibilidades de recuperación de los créditos y préstamos; sobrepasar los niveles razonables de créditos a empresas del propio grupo, a empresas propiedad de altos directivos o a los directivos mismos, etc.

Soluciones

Inevitablemente, esta vía conduce a problemas de iliquidez que tratarán de maquillarse el-

borando la cuenta de resultados a partir del dividendo, contabilizando, para ocultar pérdidas, en unos casos según el criterio de devengo y en otros según el de cobro, pagando altos intereses para captar pasivo... y, paralelamente, cobrando altos intereses por los créditos y préstamos, olvidando, o no queriendo tener en cuenta, que el prestatario que paga tipos superiores a los de mercado suele estar, en el mejor de los casos, en una situación tan delicada como el banco que padece problemas de falta de liquidez. Como es evidente, de aquí a la quiebra no hay más que un paso.

Ante problemas encadenados de esta envergadura, cuya repercusión negativa para el sistema político de España es evidente, es necesario poner en marcha con urgencia una serie de soluciones técnicas del siguiente tenor:

■ **Admitir como principio general, y no como excepción, que una institución financiera pueda quebrar.**

■ **Elevar el seguro de los Fondos de Garantía de Depósitos hasta una cifra comprendida entre los tres y cuatro millones de pesetas, con lo que siempre estarían salvados los ahorros de un porcentaje altísimo de los depositantes de las entidades financieras.**

■ **Endurecer las responsabilidades civiles, mercantiles y penales.**

■ **Regular las aportaciones de las entidades financieras a los respectivos Fondos de Garantía en función de un «rating» que orientaría a los depositantes.**

■ **Reforzar los servicios de inspección, bien en el Banco de España, bien como institución independiente, y garantizar para las actividades de esos servicios una independencia total, de tal forma que, en último caso, el acierto o desacierto de sus valoraciones y sanciones sólo pudiese ser dirimido ante los Tribunales de Justicia. ■**

Rafael Suárez es economista.

El gran debate sobre la decadencia del Imperio

Sobre el Estado actual del alma americana

Por José María Beneyto

FUE alguien tan sospechoso de ser parte interesada —y tan proclive a decir insospechables «boutades»— como Disraeli quien afirmó que si hay algo que no puede soportar ningún imperio es la inseguridad sobre su destino.

Las causas de la atonía general por la que atraviesa la sociedad americana tienden a identificarse con problemas de orden económico. Con creciente alarmismo se empieza a hablar de que la «recesión» podría dar paso a una más profunda y grave «depresión». Y en efecto, los datos, que revelan una tendencia no sólo coyuntural, están a la vista de todos.

Durante el período 1973-85 la tasa de crecimiento del producto interior bruto en Estados Unidos fue únicamente el 58% de la obtenida durante el período 1960-73. Una simple comparación de los ritmos de crecimiento del PIB, la productividad y las exportaciones de los USA con los de la RFA y Japón durante los años 1950 a 1987 muestran la pérdida tendencial de liderazgo comercial y económico estadounidense.

Un dato resulta particularmente gráfico: mientras que el ahorro interno neto en porcentaje del ingreso interior disponible fue del 17% en Japón y del 12% en la RFA, durante el período 1980-87, en Estados Unidos apenas se superó la marca del 5%.

Más interesante que los síntomas de la hegemonía en regresión es observar las vacilaciones del alma americana allí donde se perfila el fin de su era

Más interesante que los síntomas de la hegemonía en regresión es observar las vacilaciones del alma americana allí donde se perfila el fin de su era.

Paul Kennedy

Tres publicaciones aparecidas en los últimos años han tenido un carácter casi sismográfico del despertar norteamericano a la dura realidad del fin de la hegemonía.

El famoso libro publicado en el año 1988 por el historiador británico Paul Kennedy, trasplantado a Princeton, produjo la primera voz de alarma entre la clase política americana, al introducir en el debate la perspectiva histórica de la decadencia relativa. Kennedy realizaba una afortunada analogía entre el declive de los grandes Imperios históricos, Roma, España, Francia y Gran Bretaña y lo que él interpretaba como progresivo declinar de los Estados Unidos, y concluía que el excesivo gasto militar desde el inicio de la guerra fría habría producido un creciente desequilibrio de la política económica cuyos efectos serían los dos grandes agujeros negros de la economía americana: el permanente recurso a la manipulación de la política monetaria y la aceleración en el crecimiento de los niveles del consumo, con sus perversas consecuencias para las tasas de inversión, productividad, y, en definitiva, competitividad de la industria americana.

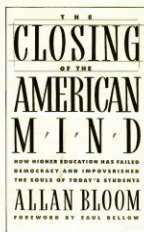
El decadentismo o «declinismo» versión Kennedy aparecía muy próximo a un determinismo histórico merced al cual los países acceden a la condición de gran potencia, se expanden globalmente y acaban perdiendo su posición hegemónica a causa de las excesivas exigencias de toda política imperial. A partir de la aparición de la obra de Kennedy, una abundante literatura, sobre todo económica, se encargaría de mostrar las consecuencias cuasi-apocalípticas del elevado déficit americano y de los peligrosos niveles de endeudamiento de las

empresas, de las instituciones financieras y del propio Gobierno.

Y en efecto, algo muy similar al apocalipsis debió ser lo que sintió la clase media americana el día que se enteró por los periódicos que su país era el primer deudor neto del globo. Esa noticia y la cascada de escándalos financieros que comenzó con la quiebra masiva del sistema de cajas de ahorro y préstamos —y que está a punto de alcanzar a algunos de los grandes bancos— popularizó gran parte de lo que Kennedy había intentado decir en un tono más académico.

Allan Bloom

Pocos meses antes del libro del historiador británico, otro libro que se convirtió rápidamente en un inesperado best-seller, «The Closing of the American Mind», de Allan Bloom, había producido un terremoto similar entre los intelectuales y las revistas de pensamiento, aunque sólo en estos sectores. Un denso tratado sobre las no-virtudes del sistema educativo —y, por extensión, del sistema cultural— americano se convirtió de la noche a la mañana en lectura y comentario obligado. Con prólogo de uno de los mayores escritores norteamericanos de



El original libro de Bloom aparecía como portavoz de un clima de opinión crecientemente preocupado por el descenso del nivel educativo de las Universidades americanas

este siglo, Saul Bellow, el original libro de Bloom aparecía como portavoz de un clima de opinión crecientemente preocupado por el descenso del nivel educativo de las Universidades americanas, provocado principalmente, según su autor, por la destructora influencia de dos tradiciones culturales exógenas del alma americana, la filosofía alemana antirracionalista (y, en particular, el nietzschianismo y heideggerianismo triunfantes en los departamentos de literatura y humanidades de los colleges americanos), y la definitiva institucionalización del igualitarismo y del sistema de cuotas en la selección del alumnado y del cuerpo docente de las Universidades.

Más sutil e ideológico que Kennedy, Bloom creía desvelar en la esencia misma de la cultura americana —en los principios básicos de pluralismo, apertura a otras culturas y razas, e igualitarismo— el germen de su propia autodestrucción. Bloom, discípulo del filósofo judío-americano de origen alemán Leo Strauss, llamaba a arrebatarse contra el progresivo estado de descomposición del alma americana —personificada en la incapacidad de los Estados Unidos de defenderse intelectualmente frente al «enemigo interior»— y recomendaba la lectura de los clásicos: ante el «overstretching» imperial, la vuelta a la edad de oro de las virtudes republicanas y la América culturalmente homogénea, el retorno a la utopía idílica de la América profunda.

Fukuyama

Finalmente, el tercer aldabonazo en la conciencia de las élites norteamericanas fue el famoso artículo de Francis Fukuyama sobre «El fin de la historia» aparecido en la revista «The National Interest» en la primavera de 1989. Es cierto que Fukuyama introducía una cierta frescura en el aleargado ambiente intelectual de Washington, y que además lo hacía intentando dar un significado al desplome del enemigo ex-

TASAS DE CRECIMIENTO DEL PIB, PRODUCTIVIDAD Y EXPORTACIONES (Tasas promedio anuales)

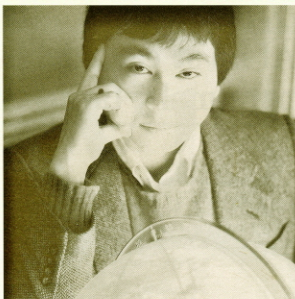
	EE.UU.	RFA	Japón
Producto interior Bruto			
1913-1950	2,8	1,3	1,8
1950-1987	3,2	4,4	7,5
PIB por trabajador/hora			
1913-1950	2,6	1,1	1,3
1950-1987	2,0	4,7	6,2
Exportaciones			
1913-1950	2,2	-2,8	2,0
1950-1987	5,2	9,3	12,4

Fuente: *Economic Report of the President*, Washington, 1989

terior que había legitimado el desarrollo de la política americana durante cuarenta y cinco años. Frente a la parálisis inmediata que produjo en Washington el hundimiento del comunismo, Fukuyama llamaba la atención sobre el paralelismo, e incluso vecindad, de las dos filosofías de la historia que habían dado lugar al período conocido como «guerra fría» y sembraba la duda sobre las consecuencias —quizá no tan positivas— que para los Estados Unidos podía suponer el quearse de repente sin justificación ideológica.

Desde la aparición de estas publicaciones, el debate entre «decadentistas» y «no-decadentistas» no ha hecho sino ampliarse, ramificarse, y producir todo tipo de matizaciones y «zonas grises». El libro de Paul Kennedy, que contaba en su favor con una tradición —no necesariamente marginal— de críticos del «complejo militar-industrial», con personalidades tan destacadas en sus filas como Galbraith, Gore Vidal y Noam Chomsky, o los politólogos John Gladdis y David Calleo, ha generado una literatura que destaca —apoyada, eso sí, en una infinidad de datos y tablas económicas, militares, y sociológicas— el voluntarismo de la tesis decadentista, y aboga paradójicamente por un mayor voluntarismo, el de una regeneración de la tesis del «destino manifiesto», justificado ahora por la acuciante necesidad para un «mundo libre» de progresivas dimensiones planetarias de contar con el claro liderazgo de un poder hegemónico y estabilizador.

El libro de Bloom también tuvo sus continuadores, y el debate sobre la decadencia —siempre, relativa— de la educación superior en Norteamérica y de las ambiguas consecuencias de las reformas pro-igualitarias surgidas a partir del 68 y del movimiento de derechos civiles todavía no ha terminado. Sobre lo que existe, sin embargo, absoluta unanimidad, es sobre el bajísimo nivel de la enseñanza primaria y secundaria, generalmente reconocida como una de las principa-



Francis Fukuyama.

les causas de la pérdida de competitividad de la industria americana. Tampoco hay ninguna duda sobre la creciente marginación social y el nivel de deterioro del 20% de americanos que viven por debajo de los índices de pobreza.

Existe absoluta unanimidad sobre el bajísimo nivel de la enseñanza primaria y secundaria, generalmente reconocida como una de las principales causas de la pérdida de competitividad de la industria americana

De la misma manera, la discusión generada por Fukuyama sobre el irrefrenable triunfo del liberalismo democrático en el mundo, y con él, de la paz en las relaciones internacionales, se ha visto puesto a prueba por una realidad obstinada en mostrar que las guerras, los nacionalismos violentos y el fanatismo religioso pueden llegar a convertirse en los signos distintivos de la post-historia.

El triunfo del capitalismo lleva necesariamente aparejado su universalización, y con ello su des-territorialización. Si algo ha caracterizado al espíritu americano ha sido el convencimiento de que el capital no conoce fronteras, de que un mundo sin trabas comerciales o económicas necesariamente favorecerá la paz mundial. Favorece parece que se está muy cerca de conseguir la aceptación casi global de estos principios, los Estados Unidos empiezan a plantearse seriamente la necesidad de adoptar los criterios casi opuestos que gobiernan la economía de su principal opositor, el Japón. En un mundo verdaderamente sin fronteras para el libre flujo de capitales, bienes y servicios, no hay lugar para fronteras nacionales. De ahí

INVERSION NETA COMO PORCENTAJE DEL PIB

	1960-1986	1980-1986
Estados Unidos	6,9	4,8
Japón	18,6	15,6
CÉE	12,0	8,4
RFA	12,3	8,3
Reino Unido	10,0	4,6

Fuente: OCDE

AHORRO INTERIOR NETO EN EL G-3 (En porcentaje del ingreso disponible)

	1975	1978	1980	1983	1984	1985	1986	1987
EE.UU.	9,4	7,3	7,3	5,5	6,3	4,5	4,2	3,3
Japón	22,8	20,8	17,9	16,3	16,0	16,0	16,6	16,8
RFA	15,1	12,0	12,8	10,9	11,4	11,4	12,2	12,4

Fuente: OCDE, *Economic Outlook*, 1988

Las vacilaciones del alma americana están también guiadas por esta duda sobre quiénes son los de enfrente, una vez que el «Imperio del mal» ha dejado de existir

la cuestión clave que surge ahora: ¿Quiénes son ellos? ¿Quiénes somos nosotros? Las vacilaciones del alma americana están también guiadas por esta duda sobre quiénes son los de enfrente, una vez que el «Imperio del mal» ha dejado de existir. ¿Cómo compaginar de nuevo el idealismo americano con una obstinada realidad que no hace más que acentuar la competencia entre naciones y bloques regionales?

«La decadencia del Imperio americano» era el título de una película —canadiense, por más señas— de hace unos años que tuvo un relativo éxito. Varias parejas se dedicaban durante un fin de semana en el campo a sembrar sistemáticamente dudas sobre la solidez de sus respectivas relaciones y la fidelidad de su pareja. Los diálogos eran brillantes e ingeniosos, y la belleza de una de las mejores «suites» de Bach parecía inundar la pantalla desde el majestuoso inicio de la película. Al final, tras dos horas largas de sutil disquisición dirigida a cuestionar las bases de la convivencia, los principios del sistema, nada ocurre. Pasa el fin de semana transcurrido en común y todo vuelve a su orden anterior. Parece como si la aparente normalidad triunfara. Pero, a la salida, cualquier espectador intuye que ese estado de las cosas ya no es sino pasajero. ■

José María Beneyto es abogado en ejercicio en Madrid y Nueva York. Profesor visitante en la Universidad de Harvard de 1988 a 1991. Actualmente es catedrático asociado al Centro Norte-Sur de la Universidad de Miami (Florida).

La política económica de los socialistas

Al fin se caen del burro... pero mal y tarde

Por Guillermo Cid Luna

La falta de realismo del gobierno de Felipe González y la supeditación a la permanencia en el poder, le ha llevado a elaborar para este año los Presupuestos de más Absurdación Central más absurdos de la época socialista

HAY que reconocer que la política económica socialista, siempre bajo la dirección y la responsabilidad del presidente González, les ha conducido si no a un callejón sin salida a otro que la tiene estrecha y ciertamente sinuosa. No dudo de la sensibilidad social de muchos socialistas; pero lo que está claro es que su ideología y su consecuente política económica han puesto a toda la sociedad española contra la pared y contra el tiempo. Al final, como suele suceder en estos casos, seremos los españoles de a pie, de clase media y de clase baja, los que pagaremos los platos rotos. Y entre estos españoles incluyo no sólo la inmensa mayoría de los trabajadores por cuenta ajena sino también a decenas y decenas de miles de medianos y pequeños empresarios que pueden ver en el futuro próximo como, literalmente, dejan de serlo.

El cierre del año 1991 se quedó bastante lejos de los objetivos fijados por el Gobierno para ese año. Con la excepción de la tasa de inflación medida por el IPC —no así con la inflación subyacente, que empeoró—, y en parte, con

la de la exportación de bienes y servicios, los demás objetivos macroeconómicos se les fueron de las manos: el PIB creció menos de lo previsto; la creación de empleo neto —inicialmente cifrada en torno a los cien mil puestos de trabajo, rebajada luego a ochenta mil y a unos cincuenta mil en noviembre— terminó saldándose con una destrucción de sesenta mil puestos de trabajo; la tasa de crecimiento del consumo público se disparó hasta el 4,4%; y el déficit público hasta igual porcentaje en términos del PIB. Añadamos a todo ello que al aumentar sólo un 1,6% la inversión el grueso del crecimiento de la economía el pasado año se apoyó en el consumo, con lo cual no se consiguió ningún avance en la reducción de los desequilibrios básicos. Sirva como ejemplo del período socialista que la deuda pública bruta pasó del 34,6% del PIB en 1983 al 46,0% a finales de 1991.

La falta de realismo del gobierno de Felipe González y la supeditación a la permanencia en el poder, le ha llevado a elaborar para este año los Presupuestos de la Administración Central más

OBJETIVOS PLAN DE CONVERGENCIA 1991-1996

	1991	1992	1993	1994	1995	1996
PIB (% variac. real)	2,5	3,1	3,3	3,3	3,6	3,5
Deflactor consumo privado	5,9	5,3	4,6	3,7	3,3	3,0
Endeudam. Adm. Públicas (% PIB)	46,-	45,7	45,7	44,9	43,3	42,-
Déficit Adm. Públicas (% PIB)	4,4	3,9	3,4	2,4	1,6	0,8
Empleo (miles)	30,-	126,-	204,-	245,-	252,-	242,-

Nota. — En el momento de escribir este artículo a sequena, el Gobierno discute el objetivo del «Déficit de las Administraciones Públicas» para 1996 debe ser el 0,8% del PIB, inicialmente fijado, el 3% del PIB, o bien «contarctuales» —Felipe González— inferior al 3% del PIB.